

PEDAGOGÍA DEL CAMINO DE EMAÚS

- Un peregrinar en pareja con Jesús Resucitado -

Los cursos/Albergues – o **temáticas de formación general** – ofrecidos por el Movimiento de Los Equipos de Nuestra Señora tienen como referencia uno de los más bellos relatos registrados por la Palabra de Dios, sacado del Evangelio de Lucas, en el que se presenta un método pedagógico o un camino metodológico propuesto por el propio Cristo en el encuentro del Camino de Emaús, a partir del cual cada matrimonio equipista podrá también iniciar un proceso apasionante en compañía de Jesús, Maestro por excelencia.

Para facilitar la comprensión de ésta pedagogía divina de encuentro y de diálogo, motivados por la lógica del amor, lea con atención el texto de **Lucas 24,13-35**.

Es importante decir- que este texto bíblico, exclusivo de Lucas, representa el paradigma del itinerario **(CAMINO)** catequético de madurez cristiana, mediante el encuentro con el Señor, la escucha de la Palabra, el compartir el Pan y la misión.



Como podemos ver por el texto del Evangelio, uno de los discípulos de Emaús se llamaba Cleofás. En cuanto al otro, no se da ninguna información. Sin embargo, la

tradición identifica este otro discípulo como un personaje femenino, tal vez la esposa de Cleofás, de nombre María, mujer que es mencionada a los pies de la cruz en la muerte de Jesús (Ju, 19,25); otras interpretaciones más espirituales identifican este personaje sin nombre como todo discípulo o discípula de Jesús.

Por tanto, y sin ninguna pretensión desmedida, podemos decir que este relato bíblico se refiere a una pareja que volvía a su casa – marido (Cleofás) y esposa (María, hermana de Nuestra Señora) – y que antes seguía a Jesús. Esta pareja estaba regresando después de la peregrinación pascual a Jerusalén.

El capítulo 24 de Lucas, es la última parte de toda la composición de su Evangelio, y presenta una característica particular: **la conclusión de todo el camino realizado por Jesús y sus discípulos.**

En los discípulos de Emaús, que dejaban abatidos la ciudad de Jerusalén, podemos reconocer la comunidad de los amigos y amigas de Jesús que, después de haber convivido y seguido a su Maestro durante aquellos años, habían sufrido el impacto de su muerte violenta. En el camino a Emaús, Jesús toma la iniciativa de aproximación y solo al final Él es reconocido por los dos discípulos.

Al reflexionar sobre la pedagogía del Maestro, el aspecto que llama la atención en primer lugar es que Jesús se aproxima a ellos, se pone en su camino, colocándose a la altura de su caminata, interesándose por su historia. Jesús busca conocer el interior de esas personas. Mientras caminan, la pedagogía del Maestro posibilita la catarsis, o sea, provoca y estimula a los discípulos a hablar de aquello que les aflige el corazón.

A lo largo del camino, Jesús se iba revelando, iluminándoles los ojos, haciendo arder el corazón de los discípulos. Consecuentemente, el reconocimiento del Señor es la restauración de la comunión plena que se dio en el momento de partir y repartir el pan. Al aproximarse a la aldea donde se dirigían, Jesús hace como si continuara hacia adelante. Los discípulos de Emaús entonces insistirán diciendo: permanece con nosotros, pues cae la tarde y el día ya declina. Jesús entró en la casa, entonces, para quedarse con ellos.

Por tanto, Jesús aprovecha la ocasión de la desilusión y la confusión de los discípulos de Emaús para explicarles las Escrituras, preparar su corazón y llevarlos ante la mesa Eucarística. Esto los prepara y estimula para la misión.

El relato bíblico de Emaús presenta una experiencia de fe después de los acontecimientos de la Pascua. Observando la estructura de la narrativa, el lector puede percibir un **itinerario de maduración de la fe**, o también, un proceso de iniciación en el conocimiento del Señor Jesús, el cual lleva a los discípulos misioneros a partir de los siguientes elementos: **el encuentro** (aprender caminando con el Maestro), **la Palabra** (aprender oyendo al Maestro) y **la misión** (aprender actuando con el Maestro).

La narrativa, en la primera parte del texto bíblico, contextualiza el encuentro entre los dos discípulos y el forastero, que inicia una caminata hasta el destino de ellos. Estos dos discípulos hacen un itinerario: el camino **Jerusalén – Emaús – Jerusalén**, que tiene un significado teológico en el Evangelio de Lucas, que es el de recordar todos los acontecimientos – palabras y acciones – que van desde el nacimiento hasta la muerte y resurrección de Jesús.

Mientras ellos discutían a lo largo del camino, el propio Jesús se aproximó y se puso a caminar con ellos. La iniciativa es de Jesús; Él no interrumpe el asunto. La actitud de Jesús es caminar con ellos, pues aproximarse es disponerse a conocer y sentir la necesidad del otro. Jesús va con ellos, los escucha y se entera de la situación. De ahí la importancia de comprender que el texto de Emaús no es un acontecimiento aislado de la historia, sino una experiencia de comunidad de los que creen en Jesús y se ponen en el camino del discipulado.

El camino no está completamente preparado; él se rehace y se remodela en la medida en que las personas van descubriendo nuevas preguntas, respuestas y propuestas de vida.

Discipulado no es punto de llegada, es proceso: “Ser discípulo es un don destinado a crecer”. De ahí que “el acontecimiento de Cristo es, por tanto, el inicio de ese sujeto nuevo, que surge en la historia y a quien llamamos discípulo”.¹

El segundo momento de la narración de Lucas nos sumerge en lo profundo del encuentro, o sea, en el diálogo. El evangelista desvela toda una expectativa debido a la pasión y muerte de Jesús, una verdadera decepción. El forastero los encuentra en una

¹ CELAM. **Documento de Aparecida: texto conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe**. Realizado el 13-31 de mayo de 2007. Ediciones CNBB, Paulus y Paulinas, 2007, n° 243.

situación existencial de profunda tristeza, pero Él se interesa por la situación de los dos caminantes.

El autor del evangelio organiza el diálogo entre los dos discípulos y el forastero de forma directa. Lucas retomó algunos pasajes de predicación o de catecismo cristiano que circulaban en las primeras comunidades y trazó un largo diálogo didáctico. La respuesta a tantas cuestiones que inquietaban a los discípulos debería ser dada por ellos mismos.

La actitud de Jesús para con ellos es la de un Maestro, pues les explica que el plan de Dios tiene una lógica diferente a la lógica humana, destacando que el sufrimiento forma parte de ese designio divino y que se trata de un medio por el cual Dios purifica y lleva todo a plenitud.

El gran interrogante que el propio texto incita en cada uno se refiere a la verdadera experiencia que podemos hacer con Jesús: los dos discípulos parecen haber llegado a su destino; Jesús hace ver que va a seguir el camino, pero ellos insisten para que se hospede con ellos; Jesús acepta y se sienta a la mesa con los dos. Entonces, aquí tenemos la celebración de la Eucaristía, la celebración del compartir el pan; y es en ese momento cuando ellos Le reconocen.

Por eso, lo que importa para Lucas es recorrer hasta el final el camino que lleva al reconocimiento de Jesús: la escucha de la Palabra, que cambia el corazón, y el partir el pan en comunidad. En ese momento los ojos se abren para reconocer la presencia del Resucitado en la comunidad de hermanos.

Los discípulos, después de reconocer a Jesús, retoman el camino hacia Jerusalén: hay una nueva mirada, una nueva motivación, una luz en el horizonte.

El evangelista, en la tercera parte del texto, llama la atención a la manera como se inicia el relato de Emaús: “viajaban ese mismo día para un pueblo llamado Emaús” y finaliza la narración: “y en aquel mismo momento, se levantaron y volvieron a Jerusalén”. Los dos discípulos hacen un movimiento contrario; retornan al punto inicial, o sea, a la ciudad de Jerusalén.

Hay un cambio radical en la vida de estos caminantes con el Señor: ellos toman una opción, y al reconocer a Jesús van a anunciar la propia experiencia vivida en el camino y en la casa alrededor de la mesa: una experiencia de fe pascual.

Es evidente que, mediante el tema del “camino”, muy resaltado en el relato, el evangelista quiere hacer una referencia al camino concreto de cada bautizado, en todos los tiempos y en todo lugar, lleno de dificultades y pruebas, y sin embargo sostenido por la acción poderosa del Resucitado. Por eso, la narración es una tácita exhortación al cristiano para no quedarse desconcertado frente al problema del mal en el mundo, sino que, iluminado por la Escritura, se ponga al servicio del designio salvífico de Dios, que vence el mal y salva la historia.

Según el ejemplo de los discípulos de Emaús, nosotros también tenemos necesidad de esta experiencia de re-encantamiento en la fe. El ardor del corazón los impulsó al dinamismo, a la misión: con este ardor renovado por la presencia y proximidad con el Resucitado, sus ojos se abren, sus corazones se engrandecen. Ahora, el nuevo ardor se esparce, sale del corazón y llega a la mente, a la conciencia, y mueve los pies que salen a evangelizar.

El encuentro de Jesús con los discípulos de Emaús se dio en un clima de diálogo y comunión fraterna: explicar las Escrituras y partir el pan les hace retornar al camino de Jerusalén con una nueva disposición de vida, con ardor en el corazón; ellos se ponen en camino al encuentro de los otros discípulos para contarles la alegría del encuentro con el Maestro, para asumir la misión de formar comunidades y anunciar la buena nueva de Jesucristo: los discípulos vuelven a la comunidad con una nueva mirada, con un espíritu nuevo, con una mejor comprensión de la misión.

La llamada a la misión, inherente a nuestro Bautismo, implica una respuesta libre, un acto de confianza en Dios. En este sentido, la acción evangelizadora, catequética y pastoral de la Iglesia ayuda a los bautizados a descubrir la belleza del seguimiento de Jesucristo como una propuesta de vida coherente con el Evangelio.

Mostrar el camino a quien se dispone a ser discípulo de Jesús es hacer la lectura y la relectura del Camino de Emaús. Discípulo no es aquel que sabe, sino aquel que sigue al Maestro, que quiere y tiene una relación de diálogo personal, y demuestra, en la vida concreta, el interés por el proyecto del Maestro y por su proyecto de vida y de cristiano.

En la formación-educación cristiana, lo que alguien hace y lo que alguien dice indican que la formación-educación no es enseñar algunas ideas, como alguien que lo sabe todo. La vida también es un camino, y nadie aprende todo de una sola vez; exige,

por consiguiente, un continuo cultivo personal, social y espiritual. Es un proceso en el que el ser humano se va fortaleciendo en la dirección que quiere darle a su vida, con el objetivo de continuar su camino de maduración y de más vida en la fe y en la espiritualidad.

Preguntémonos: ¿hasta qué punto somos verdaderamente “compañeros de camino” de Jesús en nuestra vida personal, de pareja, de equipo, de Movimiento, de Iglesia?